

ACTIVIDADES DE CONTINUIDAD PEDAGÓGICA

Anexo 3031

2do y 3ro Historia

Profesor Nicolás Devito

Actividad: Lectura y resolución de consignas

- 1) Describe la crisis del siglo III.
- 2) ¿Qué medidas se tomaron para superar la crisis?
- 3) Explica los distintos factores (internos y externos) que provocaron la caída del Imperio Romano de Occidente.

Crisis y disolución del Imperio Romano

La etapa de la historia de Roma que los historiadores llaman *Bajo Imperio* se inició con el estallido de una fuerte crisis política, social y económica, que se prolongó durante gran parte del siglo III. Una de sus principales manifestaciones fue el resquebrajamiento de la autoridad, debido a las rebeliones de las legiones para imponer a sus comandantes como emperadores. Estas rebeliones fueron aprovechadas por varios pueblos de origen germano para traspasar las fronteras. Como consecuencia de los ataques de estos pueblos que los romanos llamaban "bárbaros", varias cosechas se perdieron, por lo que el hambre y las epidemias se propagaron por todo el Imperio.

Asustados y cargados de deudas, muchos campesinos abandonaron las tierras que trabajaban. Algunos se ocultaron en los bosques y se transformaron en bandidos. Otros se pusieron bajo la protección de grandes terratenientes, que los dejaron ocupar partes de sus tierras. Así surgió el **colono**, un arrendatario que debía entregar al propietario de la parcela la mitad de lo que cosechaba.

Medidas para frenar la crisis

Para superar la inestabilidad política, el emperador Diocleciano (284-305) estableció la tetrarquía, un sistema de gobierno en el que dos emperadores gobernaban cada una de las dos partes en que dividió el Imperio (Oriente y Occidente). Los emperadores eran asistidos por dos césares, que debían sucederlos tras veinte años de gobierno. Esta reforma se completó con la instauración de una monarquía absolutista, en la que el emperador concentraba todos los poderes. En el plano económico, Diocleciano estableció precios máximos para los productos de primera necesidad y obligó a los campesinos a permanecer, aun contra su voluntad, en los campos que cultivaban.

Uno de sus sucesores, Constantino (312-337), reunificó el Imperio y eliminó la tetrarquía. Trasladó la capital de Roma a Bizancio (que pasó a llamarse Constantinopla) y promulgó el **Edicto de Milán**, que establecía la libertad de cultos. Con esta medida, el emperador buscó ganarse el apoyo de la Iglesia cristiana.

El Edicto de Milán fue suprimido por Teodosio (379-395), quien proclamó al cristianismo como religión oficial del Imperio. A partir de entonces, los cristianos gozaron del apoyo del Estado y los paganos fueron perseguidos. Antes de morir, Teodosio dividió el Imperio entre sus dos hijos. Al mayor, Arcadio (395-408), le correspondió el **Imperio Romano de Oriente**, mientras que el menor, Honorio (395-423), quedó al frente del **Imperio Romano de Occidente**.

● La caída del Imperio de Occidente

Luego de la división del Imperio Romano, la parte occidental inició un rápido proceso de decadencia, como consecuencia de múltiples causas. Entre otras, la disminución de los intercambios comerciales, el despoblamiento de las ciudades, las revueltas de colonos y campesinos, los motines de tropas que pasaban meses sin recibir sus pagos y las conspiraciones que derribaban a un emperador tras otro. Por esa razón, cuando nuevas oleadas de pueblos germanos invadieron el Occidente europeo, el Imperio, que ya estaba fuertemente debilitado, se derrumbó.

El primer impacto lo produjeron alanos, suevos y vándalos, que en la Navidad de 406 atravesaron las aguas congeladas del Rin, arrasaron las Galias y posteriormente ocuparon Hispania. Poco después, los visigodos de Alarico invadieron Italia y saquearon la ciudad de Roma. De la península itálica se trasladaron al sur de la Galia, donde se instalaron como federados, es decir, aliados. En ese carácter lucharon junto a los romanos para detener los ataques de los hunos, guerreros asiáticos que, al mando de Atila, aterrorizaban tanto a germanos como a romanos.

Luego de derrota de los hunos, en el año 451, parecía que Roma podría reponerse, pero recibió un duro golpe cuando los vándalos, que habían pasado de Hispania al norte de África, saquearon la ciudad en el año 455. Finalmente, en 476, Odoacro, jefe de los hérulos, depuso al emperador niño Rómulo Augusto, se proclamó rey de Italia y envió las insignias imperiales a Constantinopla. El significado de ese gesto era muy claro: Odoacro proclamaba al mundo que con un solo emperador, el de Oriente, bastaba. En Occidente ya no habría emperadores, sino reyes.